

social romana en la Meseta oriental con la variedad de formas de estructura social y familiar desarrolladas en el seno de estas comunidades. La evaluación del impacto de estos mecanismos evidencia una aceptación condicionada del modelo imperial, como se refleja, en términos cuantitativos, en la adopción de los nuevos patrones legales por parte de grupos familiares exponentes de las elites sociales.

Alberto ROMERO MOLERO
Universidad Autónoma de Madrid
alberto.romero@uam.es

Salvador MAS, *Alemania y el mundo clásico (1896-1945). Selección, traducción y estudio preliminar* (=Clásicos europeos 7), Madrid-México, Plaza y Valdés Editores, 2014, 508 pp. [ISBN: 978-84-16032-55-6].

Como indica el título, el marco cronológico de este libro es un período de medio siglo que se cierra con el final de la Segunda Guerra Mundial. El tema del mismo es la relación de Alemania –como espacio cultural más que geográfico– con la Antigüedad, con la *Ciencia de la Antigüedad* (*Altertumswissenschaft*) y, muy especialmente, con Grecia ya que, como dice el autor en repetidas ocasiones, entre Alemania y la Grecia clásica siempre se buscó una particular y directa relación. Salvador Mas incorpora, y es el contenido central del volumen al que hace referencia el subtítulo, una cuidada selección de nada menos que 26 “textos”, algunos de ellos de considerable extensión: artículos de revista, conferencias y cartas de diversos filólogos e historiadores, pero también de creadores literarios (Thomas Mann, Stefan George, Hugo von Hofmannsthal) y hasta un breve escrito de Joseph Goebbels, fechado el 1 de abril de 1945. Entre los documentos los hay contrarios al nacionalsocialismo, ambiguos y doctrinarios.

El estudio preliminar (*Alemania y la Antigüedad clásica en la primera mitad del s. XX*, pp. 11-147) y la selección y traducción de *Textos* (pp. 143-462) conforman un todo coherente que desemboca de manera natural en las reflexiones acerca de la responsabilidad que aparecen expuestas explícitamente en el *Epílogo* (pp. 463-477). La cuestión de la responsabilidad se ha formulado a menudo aproximadamente de esta manera: ¿cómo fue posible que tantos estudiosos de habla alemana, partiendo de una sólida formación humanista y técnica, asumieran activa o pasivamente los dictados de una ideología como la nacionalsocialista sostenida por un puñado de indocumentados y basada en dogmas nunca probados? Se podría decir que el libro intenta dar respuesta a esta cuestión de manera arborescente y argumentativa; y esa es la mayor virtud de este volumen, que no pretende alcanzar una solución simple. Salvador Mas reconoce que el asunto es más fácil de describir que de entender; y que todo intento de explicación corre el riesgo de aproximarse a la comprensión y a la disculpa. Ciertamente las complejas circunstancias históricas que siguieron a la de-

rrota en la Gran Guerra hacen pensar en que uno de los desencadenantes del proceso que llevó al poder a los nacionalsocialistas es una generalizada reacción nacional de rechazo a la humillante Paz de Versalles unida a la conciencia de superioridad cultural alemana; ahora bien, los heterogéneos casos individuales de toma de posición que vemos a lo largo del libro apuntan en demasiadas ocasiones a servilismo hacia los poderosos y/o determinación de sobrevivir a cualquier precio en un cómodo medio académico. Nada nuevo, ya que demasiadas veces los pretendidos “intelectuales” se han mostrado dóciles ante lo que perciben como visión social mayoritaria y de época (*Weltanschauung*).

Sin embargo, como muestra el trabajo aquí comentado, no todo es fruto del fracaso militar. Antes incluso de la Primera Guerra Mundial ya había dado inicio una potente reacción dirigida claramente contra el clasicismo anterior. Pensadores y artistas, como Friedrich Nietzsche o Stefan George, que rompen con el positivismo del s. XIX, se manifestaron contra la Modernidad y el tecnicismo, contra la burguesía liberal, la democracia y el humanismo. Puesto que la relación de Alemania con la Grecia clásica parecía algo natural desde Johann J. Winckelmann, Johann W. von Goethe y Friedrich Hölderlin, Nietzsche y sus seguidores se preocuparán por dar protagonismo a otra Grecia. Una Grecia, dice Salvador Mas, de carácter agonal, antihumanista, arcaica; y reputada como más auténtica que la idealizada Grecia clásica heredada del clasicismo idealista de Winckelmann. La influencia de las reflexiones nietscheanas alcanzará incluso al planteamiento del mismísimo Ulrich von Wilamowitz quien, aunque se opusiera al irracionalismo de Nietzsche, también se vio empujado a justificar la labor del filólogo a través de la función propedéutica de los estudios sobre la Antigüedad.

Esta reacción contra el humanismo clasicista se deja sentir en el denominado “Tercer Humanismo” que, en la posguerra, patrocinó Werner Jaeger, helenista al que Salvador Mas concede mucha importancia por la ambigüedad de su postura ante el ascenso del nacionalsocialismo y del cual traduce tres trabajos. En esencia el nuevo humanismo no es otra cosa que el intento de superar el esteticismo elitista, canónico y eterno anterior, con la idea de que la aproximación al mundo antiguo ha de ofrecer claves para afrontar el presente. Por otra parte, y por la misma razón de la utilidad, el mundo clásico tenía que hacerse accesible a un estrato social de gente con formación pero más amplio que el constituido meramente por los filólogos. Los campos de interés del estudioso, por tanto, debían también cambiar de orientación ya que la situación presente aconsejaba buscar en la grieguidad (*Griechentum*) el modo de afrontar los problemas políticos, culturales y filosóficos urgentes. Mas ha traducido e incluido entre sus *Textos* también la incisiva crítica que Bruno Snell hiciera en 1935 de la primera publicación de la obra más conocida de Jaeger, *Paideía* (1934). En su reseña, Snell denuncia las limitaciones del concepto jaegeriano de *paideía*, un concepto que califica de platónico porque solo le preocupan los temas del Estado, la ética y el derecho (p. 301). Snell se muestra en desacuerdo con la insistencia de Jaeger en ver en toda creación literaria una intención educativa y recomienda no confundir resultado con propósito (p. 305); finalmente, echa en falta que junto a la norma Jaeger no valore la evolución histórica de los sentimientos morales (p. 317). Concluye Snell

afirmando que el humanismo jaegeriano, con su tendencia a reforzar la idea de una espiritualidad universal, está más cerca del racionalismo de la Ilustración que del pensamiento histórico, y que el Estado y el pueblo actuales estaban muy alejados de lo que eran en Grecia (pp. 322-323).

Parece, pues, que el “Tercer Humanismo” de Jaeger –quien no se exilió tanto por oponerse a las atrocidades de los nazis como por haber contraído matrimonio con una judía y porque tuvo la oportunidad de no regresar a Alemania desde EEUU– no tuvo éxito alguno en un ambiente muy agresivo y dispuesto a acabar con el legado humanista anterior. Salvador Mas afirma que los nazis no se dejaron embaucar por Jaeger: Fritz Sachermeier, Alfred Bäumlner, Hans Oppermann y Hans Drexler optaron decididamente por una historia racial y *völkisch*, rechazando lo que veían como la tapadera del eterno humanismo liberal, ilustrado y cosmopolita.

Uno de los ámbitos en los que la ideología nacionalsocialista encontró el terreno abonado por corrientes previas es el del anhelo por recuperar unos orígenes menos técnicos e intelectualizados. La política que con el triunfo del nazismo se inscribió bajo el lema *Blut und Boden, Sangre y suelo*, pretendía tanto retornar a la simplicidad del mundo agrario frente a la industrialización, como priorizar en los programas educativos la preparación física sobre la intelectual. La divisa mencionada patrocinó la justificación de la conquista militar, en base al programa colonizador del *Lebensraum*, y fomentó el culto al cuerpo y el racismo frente al intelectualismo y universalismo de la Ilustración y el positivismo. El “Círculo” de George, comenta Mas, participaba de idéntico anti-intelectualismo que la filosofía de Nietzsche, y estaba volcado hacia el culto a la belleza de los cuerpos juveniles, de los cuerpos masculinos obviamente, lo que suponía a la par una misoginia declarada. George y su “Círculo” hicieron su aproximación a otra Grecia, a través de obras como el *Banquete* y el *Fedro* platónicos, e identificaron la juventud varonil con el poder y la feminidad con la decadencia. Si Hölderlin había hablado del regreso de los dioses, George sostendría que el cuerpo era un dios; y el ideal de relación, el eros pedagógico. Algunos ideólogos del nacionalsocialismo, como Hans Blüher –del que puede leerse en este libro una dura invectiva dirigida a Wilamowitz (pp. 171 y ss.)– o Kurt Hildebrandt, reivindicaron las relaciones homoeróticas como potenciadoras de las virtudes guerreras y porque hacían fuertes a las sociedades de varones de cuyo seno habrían de surgir los caudillos.

No debe sorprender pues que en este ambiente en el que el “amor a los muchachos” se convierte en un tema de época, Salvador Mas dedique una oportuna digresión a la novela de Thomas Mann *La muerte en Venecia* (1912) en la que el gran novelista habría actuado –en palabras posteriores del propio Mann– como sismógrafo de su época aunque de forma, seguramente, inconsciente. En esta novela corta, un escritor apolíneo, Aschenbach, es destruido por la fuerza dionisiaca que ha intentado en vano reprimir, pues el joven Tadzio no se le aparece como fría Forma winckelmaniana, sino como encarnación de la Idea platónica. Mann reflexionaría más tarde que la trama de la novela reflejaba una tensión premonitoria del choque bélico inmediato, y que la aspiración alemana por apropiarse del mundo clásico, del sur mediterráneo, se revelaba en ella como destructora.

La pulsión antiquizante hacia el eros homosexual no está desvinculada de la preocupación por la patria, el Estado y la educación. Aquí es donde, señala Mas, entra la reorientación de los estudios platónicos hacia los temas de la *Bildung* y del Estado. En este ámbito, evidentemente, destaca Martin Heidegger, el filósofo del régimen que, sin embargo, rompió a las claras con él al advertir que los objetivos nacionalsocialistas no coincidían con sus elevadas investigaciones sobre el Ser y la Verdad. Mas incluye en su apartado de *Textos* un escrito de Hans-Georg Gadamer (pp. 263 y ss.) donde este filósofo analizaba las obras recientes escritas sobre Platón. En su ensayo Gadamer subraya el poco interés que despertaba ya el Platón filósofo y la atracción que los estudiosos contemporáneos tenían por el Platón educador y “fundador” del Estado.

Los profesionales de la Filología Clásica y la Historia Antigua, desde 1934, se verían obligados a convivir con un régimen que, como ha ido argumentando Salvador Mas, era abiertamente contrario al humanismo y al tecnicismo de la enseñanza de las lenguas. Sintieron la amenaza de la reducción de horas en la docencia de su disciplina y se dispusieron a servir a los fines del régimen, dedicándose a formar al “hombre alemán” en la conciencia racial y las virtudes guerreras. En el libro que ahora comentamos (pp. 403 y ss.), el lector encontrará y leerá con asombro la *Introducción* que Helmut Berve escribiera en 1942 al volumen conjunto *Das neue Bild der Antike*. Asombro que se deriva de saber que este estudioso es el mismo que, a lo largo de su carrera posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial, recibió numerosos reconocimientos oficiales por su labor científica. Lo mismo puede decirse de Joseph Vogt, de quien podemos leer ahora dos trabajos muy de época (pp. 327 y ss. y 349 y ss.) que son destilado de puro nazismo, pero a quien en 1972 iba dedicado, inicialmente como *Festschrift*, el conocido *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*.

Muchos fueron los que abrazaron las líneas de investigación prioritarias nazis, unas líneas que no pueden sorprender a nadie: 1) El liderazgo, *Führertum*, nórdico: estudios que se interesaban por captar los rasgos de personalidades capaces, por su poder y voluntad, de llevar a sus pueblos hacia el ideal de su máxima expansión (Pérricles, Filipo y Augusto vistos como creadores de imperios). 2) Los germanos, como representantes puros de la nordicidad y pureza racial, y como prototipo del ideal guerrero de la *Gefolgschaft*. 3) Esparta, la ciudad donde una aristocracia doria habría mantenido las tradiciones indogermanas de eugenesia, culto al cuerpo y “amor a los muchachos”. En este campo, también tenían los historiadores nacionalsocialistas un precursor en la obra de Karl Otto Müller, fechada en 1824, que ya idealizó a los dorios como pueblo septentrional, único que habría mantenido la pureza racial nórdica y, por tanto, griega tras su llegada al Peloponeso ca. 1200 a.C. Y 4) La raza: su pureza o mezcla, y cómo ese carácter puro o mezclado determinaba el éxito o el fracaso de los estados antiguos (la victoria de una Roma aria ante la semita Cartago; la caída del imperio asianizado ante las migraciones del norte).

Salvador Mas comenta el contenido del libro antes mencionado que, en 1942, editara Berve porque, en él, se dieron cita todos los grandes historiadores y filólogos del momento. En la reseña dedicada a esta publicación Oppermann (pp. 413 y ss.) se quejaba de que no todas las contribuciones habían asimilado los principios de la

historiografía nacionalsocialista. Berve, por su parte, criticaba ciertos excesos, como el de Fritz Sachermejr, cometidos en la aplicación del modelo de *Führertum* (cf. p. 106). Es significativo, con todo, que muchos más investigadores, aunque intentaran por todos los medios no singularizarse, quedasen ajenos a los dictados ideológicos del régimen; si bien pocos fueron los que se opusieron abiertamente a los mismos.

Ante la imposibilidad de glosar cada uno de los textos incluidos en la antología de Salvador Mas, para concluir esta reseña quiero mencionar algo que considero un gran acierto del autor. En la presentación de los *Textos*, Mas advierte al lector de que tres de los trabajos seleccionados, los tres iniciales, son explícitamente opuestos a los dictados del régimen. Se trata de los de Victor Ehrenberg (quien define a Esparta como estado totalitario), Bruno Snell y Theo Herrle. Tras la lectura del estudio preliminar y antes de la del resto de los textos, abordar los tres citados suscita nuestra admiración y respeto. En nota a pie de página (p. 146, n. 7), comenta Mas que Jürgen Werner lamenta que no se haya hecho más investigación sobre quienes, desde el mundo de la *Altertumswissenschaft*, combatieron con armas teóricas las ideas nazis, pero añade Mas que Werner solo puede citar a Bruno Snell y a Kurt von Fritz. Terrible.

Cerraré, pues, mi comentario retomando el asunto con el que lo empecé: ¿qué responsabilidad cabe exigir a quienes sin ningún recato y sin un ápice de mala conciencia defienden ideas que justifican conductas inmorales y cuya aplicación tiene desastrosas consecuencias?

Laura SANCHO ROCHER
lsancho@unizar.es
Universidad de Zaragoza